

co que pervive es la muerte. Y esta conclusión no es sino una consecuencia poética. ■ LUIS LEON BARRETO.

**Los documentos de la I Internacional**

La Asociación Internacional de Trabajadores (Juego, Primera Internacional) centró, encauzó y definió los movimientos obreros modernos. En el manifiesto fundacional de Marx, en 1864, se parte del embrión que la justifica: «La miseria en masa de los trabajadores no ha disminuido de 1848 a 1864, periodo que, sin embargo, se distingue entre todos por un desarrollo sin par de la industria, por un crecimiento inaudito del comercio» (1848 es el año de publicación del Manifiesto comunista y el de una serie de levantamientos populares en Europa). Generalmente, la I Internacional se estudia en dos sentidos: el de la elaboración de la doctrina política proletaria para la toma del poder, bajo la dirección de Marx, y el de las luchas interiores en la misma asociación entre las distintas tendencias y vías, simplificadas en el encuentro entre Marx (socialismo) y Bakunin (anarquismo). La Internacional, sin embargo, tiene una riqueza mucho mayor, desde su fundación en 1864 y sus seis congresos (Ginebra, Lausana, Bruselas, Basilea, Londres y La Haya), hasta su disolución formal en Filadelfia, 1876 (renacería la Asociación en París, 1889: la II Internacional). Esta riqueza la constituyen las ponencias y los documentos de trabajo acerca de la condición obrera en el mundo, minuciosamente establecidas. En las sesiones de la Internacional pueden hallarse ponencias médicas sobre las consecuencias en la salud de ciertas formas de trabajo, pero las hay también sobre fonografía, o necesidad de reforma de la orto-

grafía para que correspondiera a la escritura a los sonidos pronunciados, para llegar a esta conclusión política: «El congreso tiene la convicción de que una lengua universal y una reforma ortográfica serían una mejora para todos y contribuiría poderosamente a la unidad de los pueblos y la hermandad de las naciones». La enseñanza, la ocupación, llenan una buena parte de los documentos (tendencia a la «educación integral» que comprenda simultáneamente el estudio de las ciencias y el aprendizaje de los oficios, como forma de libertad de unos programas educativos clasistas que sólo sirven para los destinados a ocupar puestos directivos en una sociedad burguesa). Los socorros mutuos, la consideración de la igualdad salarial de los sexos, el problema de los aprendices, la eterna cuestión del campo y la ciudad, la banca y sus reformas, las cartillas de los trabajadores, el cooperativismo, la moralidad (incluso con considerables ingenuidades propias de la época, como el de la excitación sexual producida en las jóvenes obreras por el trabajo en las máquinas de coser y la posibilidad de que esa excitación desarrolle «los hábitos más peligrosos para la salud» y «las desastrosas consecuencias de ciertos vicios»), la cuestión de diplomas, títulos y certificados («un remanente de la Edad Media, una señal de esclavitud, de desigualdad, de monopolio y de privilegio»), los castigos, las represiones en el trabajo, los impuestos... Puede decirse, en realidad y con exactitud, que los largos años de trabajo de la I Internacional, a pesar de sus luchas internas, de la impaciencia de algunas organizaciones, delegaciones y dirigentes por la toma inmediata del poder, a pesar de las persecuciones externas y de los desastres históricos que se abatieron sobre ella (desde la guerra franco-prusiana a la derrota de

la Comuna), lo que pretendía la Asociación Internacional de Trabajadores era una nueva concepción del mundo, una minuciosa reconstrucción de la sociedad mediante el examen de todos y cada uno de los factores que la constituyen, aun de los más nimios, desde unos puntos de vista totalmente distintos a los dominantes. El valor del libro de Jacques Freymond, «La Primera Internacional», cuyo primer volumen se publica ahora en España por Editorial Cero (comprende la fundación y los Congresos de Ginebra, Lausana y Bruselas; el segundo se dedicará a los de Basilea, Londres y La Haya), consiste en recoger casi totalmente los textos, documentos, discusiones, resoluciones, actas y ponencias de la Asociación, de forma que es imprescindible para el estudio de la época y de los movimientos obreros que quieran conocerlos sin estar a expensas de historiadores, críticos o analistas que, indudablemente, marcan unas tendencias muchas veces dispares (las pasiones de la Internacional no se han extinguido todavía, ni entre los grupos obreristas y revolucionarios ni entre los contrarrevolucionarios) con simplificaciones y análisis. Y no se trata solamente de elementos de estudio, sino de una lectura verdaderamente apasionante en muchas de sus páginas, y de la constatación de que muchos de los problemas planteados entonces siguen sin resolver en las sociedades humanas. La introducción que hace Jacques Freymond no está exenta de los pecados de otros analistas y tiene el de pretender destacar excesivamente el papel de Francia y los franceses. La traducción es generalmente correcta y legible, a veces con algunos coloquialismos fáciles y con algún error de bulto, como el de utilizar el nombre francés (Bâte) para designar la ciudad de Basilea; pero el traductor

Pecellín Lancharro consigue, y eso es más importante, una versión castellana muy ajustada al lenguaje de la época. ■ H. T.

**Quijotismo, crítica y revolución**

La lectura de «Vladimir Maiakowsky» —obra así llamada porque el censor (1913) confundió el título con el nombre del autor, y éste prefirió aceptar la confusión antes que someter el texto a los riesgos de un nuevo examen—, de Vladimir Maiakowsky, y «Don Quijote libertado», de Lunatcharsky, mucho más conocido en su papel de comisario del pueblo para el Teatro que, como dramaturgo, se presta a muchas consideraciones. La idea de publicar ambos textos en un mismo volumen («Cuadernos Prácticos», de Editorial Fundamento) es, en todo caso, excelente, porque la relación entre ambas obras ayuda a comprender algunos de los problemas del arte soviético en épocas pasadas.

Conocidos son los problemas de Maiakowsky —paralelos a los de Meyerhold, el director de escena que vino a hacer de él algo semejante a lo que Stanislawski hizo de Chejov—, para quien la idea de vanguardia artística y revolución social eran inseparables. Se trataba de crear un arte que, respecto de las formas hasta entonces dominantes, viniese a ser lo que la revolución era respecto de la sociedad zarista. Nuevas ideas se habían puesto en marcha, las máquinas aparecían como las grandes aliadas del hombre en la transformación del mundo, el futuro —ese futuro libre de una sociedad sin clases— era ya la gran apuesta de la revolución. De ahí las sabidas conexiones entre Maiakowsky y el futurismo de Marinetti; de ahí, también, las distancias. Porque, para Maiakows-

**SIGLO XXI DE ESPAÑA EDITORES S.A.**

Metodología de la historia social de España  
**M. Tuñón de Lara**

Imperialismo y comercio internacional (El intercambio desigual)  
**Amin, Palloix, Emmanuel, Bettelheim**

Indagaciones praxiológicas (Sobre la actividad lingüística)  
**Víctor Sánchez de Zavala**

El pacifismo revolucionario  
**Noam Chomski**

Las vidas de los niños  
**George Dennison**

 **Emilio Rubin, 7**  
**Tel. 200 0978**  
Madrid-33 España